

## ÉTICA Y VIOLENCIA (LA VIS DE LA VIRTUD FRENTE A LA VIS DE LA VIOLENCIA)

Juliana González\*

*...apostar en favor de la no violencia es  
siempre preferible a apostar en favor de la  
violencia.*

J. Ferrater Mora

### I

MÚLTIPLES y firmemente fundadas son las razones por las cuales la violencia es éticamente condenable. Pero múltiples son también los argumentos que defienden sus significados positivos y que realizan, incluso, verdaderas apologías a favor de ella.

La ambigüedad de la violencia, su literal ambi-valencia, constituye un problema básico al que hay que atender, junto con toda una serie de interrogantes que se desprenden de él, como son, por ejemplo:

¿Cabe realmente hablar de "buena violencia"? ¿Es posible una justificación moral de la violencia? ¿Qué distinguiría la "buena" violencia de la "mala" violencia? ¿Cómo discernir, en la ambigüedad, los valores positivos de los negativos? ¿En qué se funda la apuesta en favor de la no violencia?

### II

La violencia es una especie de *fuera*: es el género: *vis* en latín, *bías* en griego: energía, poder, potencia: remite a la *dynamis* griega. La *violencia* es en efecto una clase de potencia. Hay otras formas de

\* Profesora y directora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

fuerza que no son violencia. Incluso la no-violencia sería una especie de fuerza, como lo es particularmente la *vis* de la virtud, por definición distinta y opuesta a la *vis* de la violencia.

Lo específico de la violencia, lo definitorio de ella, es el ser fuerza indómita, extrema, implacable, avasalladora, poder de oposición y transgresión. Ella es sólo uno de los recursos de la fuerza humana, el más primitivo, impulsivo, rudimentario y brutal. Es inseparable de la agresividad, de la destrucción, y se halla siempre asociada a la guerra, al odio, a la dominación y a la opresión.

En su especificidad, y vista en sí misma, la violencia tiene todos los rasgos de un fenómeno axiológicamente negativo. Corresponde a la *hybris*, la desmesura, la fuerza desencadenada que los griegos consideraron "peligro demoníaco". La violencia es el terror, como quiera que éste se manifieste. Implica claudicar de los medios y fines humanos no violentos: retorno a fuerzas impulsivas, irracionales y premorales. Es regresión histórica y ética, forma de radical desesperanza y desesperación.

La violencia se revela, en este sentido, no como fuerza y potencia, sino como lo contrario, como signo de impotencia, de insensibilidad, de decadencia de la vida. No sólo psicológica, sino éticamente, la violencia es más bien fuerza compensatoria surgida del fracaso y la frustración, tanto a nivel individual como social. La medida del fracaso y la impotencia es la medida de la violencia. Expresa el decaimiento de las otras fuerzas no violentas de la vida humana. Incluso suele ser manifestación de esterilidad y vacío, de insensibilidad, de necesidad de estímulos (precisamente "violentos") para sentir y para vivir.

Tomada en sí misma y por sí misma, en su propia especificidad, la violencia revela, en efecto, significados esencialmente negativos.

¿En qué sentido, entonces, puede hablarse de la violencia como algo valioso, digno incluso de elogios y apologías? ¿Es de la violencia propiamente dicha de la que se predicen virtudes o es de otras acciones a las que ella se halla asociada?

### III

Parece manifiesto que cuando se exaltan valores positivos atribuidos a la violencia, se suelen exaltar en realidad los valores de

la fuerza en general, o también de la potencia y la lucha, de los poderes liberadores y la acción transformadora, y no de atributos de la violencia en sentido estricto, en lo que ésta tiene de propio y distintivo, que son sus significados de destrucción y opresión, de agresión y muerte. Se la exalta, es cierto, como "arma de la libertad" (Sorel) o como "partera de la historia" (Marx), o sea, en lo que tiene de energía transformadora, creadora, propulsora de vida y libertad. Memorable es, en este sentido, la glosa que Isaiah Berlin hace de la apología de la violencia realizada por Sorel: "La violencia es la destrucción de las cadenas, el preludio de la regeneración... la renovación de la vida, el rejuvenecimiento, la liberación de los poderes creadores..."<sup>1</sup>

Y por otra parte, es evidente que la violencia adquiere valor positivo, no por ella misma, en función del contexto en que está inmersa y de los valores que a éste se le atribuyen. Desde luego, la violencia suele jugar el papel del medio justificado por los fines. Pero no sólo esto; ella suele ser el medio paradójico para combatir a la violencia misma — como ha visto René Girard. Tiene el carácter de una especie de antídoto: "Los comportamientos religiosos y morales apuntan a la no-violencia... por el intermediario paradójico de la violencia..."<sup>2</sup>

En todo caso, sin embargo, la violencia sólo puede tener cabida cuando se trata realmente de un *último recurso*, cuando en verdad han sido agotados todos los medios no violentos para enfrentar lo adverso; cuando ciertamente no hay ya otra alternativa: "La violencia sólo es justificable — dice Ferrater — y aún con muchos considerandos, cuando constituye una respuesta sin otra alternativa a una situación en la cual se violan sistemáticamente [...] derechos humanos básicos [...] apostar en favor de la no violencia es siempre preferible a apostar en favor de la violencia".<sup>3</sup>

Lo decisivo aquí es el carácter necesariamente restringido, instrumental, acotado, que tiene la violencia dentro del contexto; su papel de último recurso, de mal necesario, medida realmente

<sup>1</sup> Isaiah Berlin, Prefacio a la obra de Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Alianza Editorial, 1976, p. 42.

<sup>2</sup> René Girard, *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1983, p. 28.

<sup>3</sup> Cf. José Ferrater Mora y Pricilla Cohn, *Ética aplicada*. Madrid, Alianza Editorial, 1981.

de excepción, de carácter esporádico y temporal. Todo lo contrario de la violencia en sí, por naturaleza incontrolada y desenfrenada. Ella sólo se legitima en la medida en que se contraría su propia naturaleza, en que se la mantiene bajo control y con plena conciencia de su intrínseca negatividad. Y cuando en este caso se le atribuyen justificaciones y valores, no son tampoco los que le corresponden a ella como tal, sino al contexto y a los fines que se persiguen: la liberación, la justicia, la santidad, la no violencia misma, en la medida de su autenticidad.

Todo lo contrario de las múltiples formas de violencia que tienden a prosperar en el mundo actual. Cuando la violencia ha dejado de ser el último recurso, anómalo y pasajero y se torna el primero, el único, la apelación más generalizada y recurrente. La violencia actual es ubicua, normalizada; permea distintos estadios y niveles incluso de la vida cotidiana. "La violencia forma cultura [...] cuando deja de ser incidente y se convierte en una predisposición; cuando invade territorios de la existencia que son por naturaleza apacibles; cuando se preconiza como el único procedimiento eficaz..."<sup>4</sup>

#### IV

Si tu mano derecha te ofende, córtatela y arrójala lejos de ti — declara el Evangelio.

No hay vida moral — y de hecho no hay vida histórica, política, artística, no hay movimiento —, sin negación, sin lucha y sacrificio, en el sentido más amplio de los términos, sin esfuerzo, con todo lo que éste conlleva; la libertad es opción y ésta implica necesariamente renuncia.

La violencia es también forma de negación; pero no toda negación evidentemente es violencia. La cultura misma implica la creación de modos distintos de lucha, de sacrificio, de arte, más allá de la violencia. El *trabajo*, entendido como verdadera "esencia del hombre", como trabajo humanizado (no como *tripalium* o instrumento de tortura) es el medio que la civilización humana ha encontrado para, más allá de la violencia, vencer lo adverso y

<sup>4</sup> Cf. Eduardo Nicol, *El porvenir de la filosofía*. México, FCE, 1972.

transformar la realidad. La cultura ha generado los medios racionales, propiamente humanos, que trascienden el mero nivel primitivo de la violencia, particularmente en el orden de la vida moral.

Es cierto que las modalidades del sacrificio, de la lucha, de la negación en general, se prestan a ser confundidas con la violencia y la crueldad. No puede dejar de reconocerse que también las creaciones de la cultura humana sirven en ocasiones para enmascarar y embozar la violencia; que también ésta puede darse justamente como violencia institucionalizada; que hay maneras de santificar el mundo de los meros impulsos violentos, de consolidarlo a través de formas "nobles y sublimes". Incluso las modalidades más malignas de violencia pueden pervivir disfrazadas en manifestaciones excelsas de cultura. La moral en especial se ha definido con frecuencia en la historia, ya como forma de represión, crueldad y sufrimiento, ya como constricción de la vida o parálisis de ésta en la petrificación de las costumbres y en la fuga de la libertad. En este sentido la moral puede ser forma de violencia, violencia enmascarada o sublimada, pero violencia al fin — como puede ocurrir también con el derecho, las religiones, las prácticas médicas, educativas, etcétera.

Pero evidentemente, *en su autenticidad*, ni la moral ni el derecho ni las instituciones humanas, ni la cultura como tal, son meros disfraces del poder y la violencia. El ojo primordial de la vida humana ha de centrarse en el permanente discernimiento entre el engaño y la autenticidad.

## V

La ética se instituye más allá de la violencia; es ella misma, en su raíz principal, modalidad de no violencia. La ética comienza donde termina la violencia, donde se rompe el círculo de ésta y comienzan las otras potencias humanas, las otras fuerzas del hombre capaces de la autotransformación en que la vida moral consiste. La ética comienza donde termina el círculo paralizante del Talión, donde se rompe la circularidad reiterativa y meramente destructora de la venganza. La ética es ciertamente modalidad de "trabajo", de lucha, de esfuerzo, de arte: es *techné*; es ciertamente *praxis* y *poiesis*. En esta misma medida requiere del sí tanto como

del no. La ética de hecho opta en el mundo por un sí y un no. De ahí su necesidad de esfuerzo y renunciación, del combate que consigo mismo sostiene el sujeto de la moralidad. Pero la negación moral no es propiamente violencia; el reconocimiento ético de lo humano como tal, o sea, del carácter de fin en sí mismo y nunca medio, que define al hombre, hace imposible la violencia, pues ésta por definición es instrumental, se ejerce contra lo que se asume como medio, nunca como fin, nunca como humano.

La ética se funda en la acción radicalmente opuesta a la violencia, que es el *respeto*, con todo cuanto éste significa. Se funda en especial en lo que Paul Ricoeur llamó "voluntad de escucha": escucha de sí mismo y escucha del otro —y de lo otro—, voluntad obviamente contraria a la violencia. En la medida de su autenticidad, la vida ética no es represión sino decisión. Prevalece el sí sobre el no, lo creativo, la potencialización de otras fuerzas de razón, de voluntad, de comunicación. La victoria moral sobre sí mismo, la *enkratía*, el autodomínio, no puede ser producto de la violencia sino de una genuina *praxis* de pacificación y de auto-comprensión. Es libre opción y libre renunciación. Es *areté*, *vis* de virtud, fuerza interior.

La ética —como también ciertamente la política— supera la violencia promoviendo, en efecto, las potencias contrarias de la creatividad, la racionalidad, la persuasión, el respeto, la tolerancia, la comunicación y la comunidad; promoviendo el ámbito de no violencia propio del mundo de los valores y del sentido.

Aunque tampoco cabe olvidar que la virtud ética, que la fuerza de la libertad, es algo constitutivamente inseguro y frágil: es interminable conquista de sí misma, nunca pura ni definitiva, nunca absoluta. Las fuerzas de la violencia perviven trágicamente invencibles en el trasfondo de la naturaleza humana; la ética ha de emerger permanentemente de ese trasfondo, ganándose día a día su heroica victoria.

## VI

Puede precisarse en síntesis, y para concluir, que:

- Lo que se juzga "buena violencia" suele ser fuerza, lucha, potencia.

- La violencia en sentido estricto tiene significado axiológicamente negativo, es principio de destructividad, agresividad y opresión.
- Si acaso cabe una justificación de la violencia, ella se da dentro de un contexto, bajo control, y como verdadero último recurso (no sin reservas y no sin necesidad, en cada caso, de genuina legitimación).
- El hombre supera la violencia a través de las formas auténticas de civilización y de cultura.
- Nada justifica moralmente la violencia.
- Ética y violencia se excluyen recíprocamente.
- La ética es, ciertamente, un reto a la violencia.